



*El universo es una comunión de sujetos,
no una colección de objetos.*

Thomas Berry

*La Tierra no está delante de
nosotros como un objeto;
estamos dentro de ella como parte de una
gran comunidad de vida.*

Leonardo Boff:

Hay números de una revista que se leen como una colección de artículos, sin embargo, hay otros que se experimentan como una travesía, un camino, un itinerario. Este número de la Revista CLAR pertenece a estos últimos. Sus páginas nos invitan a caminar por senderos donde la teología se encuentra con los ríos, la espiritualidad conversa con los bosques, la mística contempla la huella divina en lo creado, la profecía se hace defensa de los territorios y la esperanza adquiere el rostro concreto de quienes resisten para que la vida siga siendo posible.

Como bien sabemos, vivimos tiempos de profundas contradicciones. Mientras la humanidad alcanza niveles inéditos de desarrollo tecnológico, la Casa Común muestra heridas cada vez más visibles. La tierra se agrieta, las aguas son amenazadas, los pueblos son desplazados y la lógica extractivista continúa expandiéndose como si los bienes de la creación fueran infinitos. Sin embargo, en medio de este escenario, el Espíritu como aliento creador, hace emerger nuevas preguntas, nuevas búsquedas y, sobre todo, nuevas formas de cuidado de la vida y la creación, que nacen y se expresan como actos de fidelidad al Evangelio escritos y presentes en el corazón de toda la creación.

Por lo cual, podemos decir que los distintos artículos que acompañan este número de nuestra revista nos recuerdan que la crisis ecológica no es solamente un problema ambiental. Es una crisis espiritual, relacional y civilizatoria. Es el resultado de una manera de habitar el mundo que ha roto los vínculos con la tierra, con los otros y con Dios. Por eso, las respuestas

tampoco pueden reducirse a soluciones técnicas o pragmáticas. Requieren una conversión profunda del corazón, una nueva sensibilidad capaz de reconocer que, como nos recuerda la tradición bíblica, la memoria de muchos de nuestros pueblos y el magisterio reciente de la Iglesia, todo está conectado.

Así, al adentrarnos en los ríos de estas páginas podremos escuchar el clamor de la creación que gime con dolores de parto, pero también el canto de quienes siguen sembrando esperanza ante el asombro de lo creado. Por lo cual, esta edición es también un homenaje a quienes han sabido leer los signos de los tiempos desde una mirada transparente, contemplativa y comprometida. Figuras que aparecen como testigos de una espiritualidad que no separa la oración de la defensa de la vida, la contemplación de la acción transformadora, el amor a Dios del amor a la creación.

Como Vida Religiosa latinoamericana y caribeña vamos aprendiendo a reconocer que el cuidado y la defensa de la Casa Común no constituye una tarea añadida a la misión, sino una dimensión esencial de ella. Hoy, seguir a Jesús implica escuchar simultáneamente el grito de los pobres y el grito de la tierra. Implica aprender a habitar los territorios con respeto, acompañar las luchas de los pueblos, denunciar las estructuras que producen devastación y anunciar estilos de vida capaces de regenerar la sorofraternidad universal.

Por eso, los distintos aportes que se presentan son una convocatoria e invitación para pasar de la preocupación a la conversión; de la sensibilidad a la organización; de la denuncia a la construcción de alternativas. Y nos recuerdan que el futuro, desde el horizonte evangélico, se teje silenciosamente en las comunidades que cuidan las semillas, en las redes que protegen las aguas, en las mujeres y hombres que defienden los bosques, en quienes educan para una ecología integral y en quienes mantienen viva la memoria de que la creación no es una mercancía sino un don.

Que, como Vida Religiosa llamada a nacer de nuevo, estas páginas nos ayuden a redescubrir que la ecología integral no es una moda pasajera ni

una preocupación sectorial. Es una espiritualidad, una ética, una forma de habitar la historia que alimenta una cultura del cuidado y de solidaridad planetaria, porque la creación no es algo que debemos salvar, es el hogar al que necesitamos volver. A fin de cuentas, es invitación e imperativo a reconciliarnos con la Tierra, a reconocer nuestra pertenencia a una misma comunidad de vida y a convertirnos, junto a tantas personas de buena voluntad, en guardianes de la esperanza.

Allí donde un bosque vuelve a respirar, la selva recupera su aliento, donde un río recupera su cauce, donde un pueblo protege su territorio, donde una comunidad aprende nuevamente a contemplar, el Espíritu continúa pronunciando el mismo *Hágase* del principio de la creación. Porque la esperanza de Dios sigue germinando silenciosamente en la tierra. Y quien aprende a escuchar ese latido descubre que siempre es posible nacer de nuevo.

José Luis Loyola MSpS